

do de haber oído decir muchas veces que el pan crecía y se multiplicaba en sus manos, de lo que ya eran testigos sus ojos. Otros dos calificados sugetos repararon, que del cazo del caldo, despues de haber llenado las escudillas de los pobres, no se conocia rebaja, quedando á la vista llenos para proveer de nuevo á otros muchos: lo que les causó no ménos ternura que edificación.

Siendo su Prelado el V. Padre Margil, le dió ámplio permiso para que socorriera todas las necesidades que viniéran á la Portería, de las limosnas que los Bienhechores daban para el Colegio: y haciéndolo así, se le oyó decir varias veces, «que parecía que el Guardian y el Portero contentían á porfia con Dios nuestro

»Señor, sobre quien se cansaba primero, si Dios en enviar socorros al Colegio, ó ellos en darlos por Dios á los pobres, y que siempre el Señor »salía vencedor en la apuesta.» ¿Pero, qué mucho, si esa confianza son las troxes en que Christo depositó el pan para sus Apostóles y demas Apostólicos Varones? Pues ella es la nave del mercader, que trae pan de las mas remotas regiones: y primero faltará el Sol para fecundar los campos de trigo, que le falten á esa confianza los necesarios sustentos. Eran estos socorros el pábulo de su caridad, que lo traía como abortito, y quando socorria al hambriento, le daba otra limosna á su alma; porque se retiraba luego á pedir al Señor le asistiese con su divina gracia, y que no se perdiera.

CAPÍTULO XX.

Humildad y paciencia del Venerable Siervo de Dios.

SOLO la sabia y omnipotente diestra de Dios es la que puede mudar aquella naturaleza que desde la cuna le toca como en suerte á cada uno, en otra totalmente contraria, pues es en lo que mas se hacen ver las eficacias de su gracia. Saulo y otros muchos inclinados á acciones aunque no del todo culpables, llegaron con espontanea voluntad y prontitud á habituarse á las contrarias, conociendo ser mas convenientes á la virtud, y conformes á la razon, no obstante que para ejecutarlas violentaban su propia naturaleza, para cooperar con los auxilios de su inefable divina misericordia. La caballería, la gala, el honor, las riquezas, eran en el siglo las pasiones dominantes en el corazón de Fr. An-

tonio, y la suerte que juzgaba le habia tocado; pero toda se vió mudada trayéndolo Dios al Colegio, porque la modestia, la pobreza, el abatimiento y la indigencia, eran los objetos que amaba, y en que ponía toda la atención y cuidado: y como en la disciplina ascética es meliflua máxima, que tarde ó nunca se dá fondo en la humildad, sino por los rumbos de la humillación, puso todo su conato en su propio abatimiento, y en baxar de sí mismo hasta dar en lo mas profundo de la nada.

Por eso quando entraba en la Ciudad, y repasaba sus calles, hacia recuerdo de las vanas ostentaciones con que en ella se habia portado, y ansioso de hollar estas memorias, y borrarlas en cada huella, iba cubierto

de una mortaja, descalzo y pidiendo de puerta en puerta la limosna; la cargaba á sus hombros, ó la conducia llevando de la mano el cabestro de un jumentillo. De esa misma nada que en sí conocia, sacaba aquel rendimiento y atencion con que á todos los recibia en la puerta, y siendo esta un pälénque, en que tornean con enorme variedad todo género de gentes, y especies de demandas, era incesante el ejercicio de su humildad y paciencia. Sin turbacion ni ceño los oía á todos, y ocurriendo al Prelado para lo necesario, y confesiones que de dia y de noche piden, no siempre encontraba tan serenos los semblantes, ni dispuestos los ánimos de todos los que habian de ocurrir á lo que se ofrecia, que no sacase mucha mortificación de su oficio; cuyo impulso lo traía en continuo movimiento; pues siendo él solo para servir á muchos, y llamándolo á un tiempo por diversas puertas, unos para salir, otros para entrar, todos querian ser atendidos primero, vendando muchas veces con el enojo la demora, que tenían por descuido ó floxedad del Portero; pero ninguno lo vió jamás ni aun turbado, y mucho ménos que satisficiera con enfado á sus imprudentes cargos; porque siempre tenia á la vista el de que era esclavo de todos.

Sobre este fundamento de su propia nada cavaba cada dia, con tal humillación, que al cabo de tantos años parecía haber baxado hasta el profundo de ella, sin que le pareciera haberse hallado á sí mismo, ni al que habia sido en el siglo; porque persuadido de su baxeza, solo encontraba en sí un poco de polvo y de ceniza, y en los lances mas apretados, avasallaba con generosidad todos los impetus de la soberbia. Por sugestion del Demo-

nio, se persuadió una persona á que Fr. Antonio le habia interceptado una Carta, y arrebatado de la ira, se la pidió con voz imperiosa, conminándole que luego luego se la entregara: él le respondió con sumision: que ni habia visto ni sabido de tal Carta, que se aquietara, porque aquella era tentacion diabólica: no fue esto bastante para que al otro dia no se la mandara con el mismo modo é imperio: respondióle con la misma humildad y razon; pero tampoco se sosegó su turbada fantasia, y tercera vez, llena de furor, con semblante airado, le requirió que al punto le entregara la Carta, porque si no, sabia darles muchos palos á semejantes delinquentes. Entónces, inclinando profundamente la cabeza, se hincó de rodillas, y besándole la mano, solo le dixo: Dios se lo pague. No fue esto para pedir á Dios venganza de tan repetidas injurias, pues como declaró al otro dia á su Confesor, que le preguntó si habia tenido alguna turbacion, le dixo: que no, ántes sí que estaba en ánimo de pedir por él, como especialísimo bienhechor; á Dios, toda su vida: disculpaba su error, atribuyéndolo á sugestion del Demonio, y solo desfogó su enojo contra la obstinada malicia de este espíritu soberbio. Para cautelar sus astucias, vivia siempre advertido, con tener á la vista escrita la máxima de que no se desagrada el Señor de que reparemos los tiros del enemigo con nobles armas, que son humildad y paciencia, y por eso muchas veces decia: «Paciencia y humildad, y todo se vencerá;» y como en el centro de su espíritu no hallaba de sí mas que la misma nada, aun escribiendo no producía otros conceptos que el interior desprecio que tenia formado de sí, por lo que el llamarse bestia y

jumento, era su ordinario estilo.

No era así con las gentes que trataba, porque á quantos llegaban á la puerta, los obsequiaba con dulces palabras, y religiosa cortesía, y con mayor esmero á los Señores Sacerdotes, pues parecía declinar á lisonja su cortesía; á todos les llamaba sus Señores, y para avisarles de lo que ocurría, les decía: Que vaya mi Señor á una confesión: ó que llaman á mi Señor en el Claustro, haciéndolo así, por la persuasión en que estaba de ser Esclavo de todos. En la puerta los recibía puesto de rodillas, y les besaba las manos, y si eran Señores Clérigos, ó de otras Religiones, en cada individuo consideraba relevantes méritos, y los atendía con humilde rendimiento; lo mismo hacia con los huéspedes que venían de léjos, ó que eran extraños, paliando con pretexto de venir de nuevo, las expresiones que podía en su obsequio.

Tres dias á la semana, con licencia del Prelado y de su Confesor, decía, aun siendo ya antiguo, sus culpas con los del Noviciado, y despues besaba los pies á toda la Comunidad, lo que practicaba con sentimientos tan devotos, y fervorosos afectos, que estando en una ocasion gravemente enfermo de fluxion á los ojos, despues de muchos infructuosos medicamentos, le vino un Viernes el pensamiento de que besando el Sábado en honra de María Santísima los pies á la Comunidad, avivando la Fe, y venerando aquella humildad heroica, por la que el Señor hizo tan grandes cosas con la Señora, habia de quedar sano, y fue así, porque el siguiente dia se fue casi á tiento al Refectorio, y besando los pies de los Religiosos con humilde confianza, logró su deseado alivio, y pudo el Domingo oír

Misa en la Iglesia con los ojos sanos y claros, como si nada hubiera padecido, y fue sin duda aquel humilde acto el mas eficaz colirio, porque lo dirigió con religioso afecto al obsequio de la divina Reyna, que dá luz á los ciegos, ahuyenta nuestros males, y nos alcanza todos los bienes.

No fue su humildad de solo aparentes pruebas, sino calificada en las mas seguras y acrisoladas de la vida mística; pues para conceptuarse de ella uno de sus Confesores, en una ocasion le dixo con seriedad ingenua: «En verdad Hermano Fr. Antonio, que si Dios no hubiera usado de su infinita misericordia con su Caridad, teniéndole como dicen de los cabellos, para no desplomarse en un profundo de obscenidades, y otros pecados gravísimos, no hubiera hombre mas impuro que su Caridad; y si no atienda á sus inclinaciones, y lo verá muy claro: lo poco ó nada que hace, es Dios quien lo hace, su Caridad es solo un instrumento.» Oyó el humilde Discípulo expresiones tan vivas como un convencimiento innegable, y envueltas las voces con lágrimas, le dixo con humildad sincera: «Padre y Señor, entre los muchos beneficios que á Dios le debo, uno es el haberme dado su Magestad divina un corazón muy noble, que no sabe ser ladrón.» Con esta respuesta pareció inmutarse el Confesor, y con aspereza le replicó, qué era lo que daba á entender en lo que acababa de decir.

«Padre de mi alma, le respondió, dió, mi corazón nunca sabe presumir otra cosa, sino que lo de Dios, siempre es de Dios: mio solo son mis gravísimos pecados, por los quales merezco justamente ir á arder á los Infernos en quanto Dios fuere Dios: siempre estoy en conocimiento de

que si Dios suelta la rienda á aqueste bruto, se irá precipitando á los abismos: encomiendeme á Dios V. R. que tal nunca me suceda.» Era aquel llanto con que el Siervo de Dios expresaba sus interiores sentimientos, producido no de un espíritu mugeril ó apocado, que desperdicia las lágrimas por la misma ocasion de ellas, sino de aquellas íntimas mociones con que anhelaba llegar á lo mas profundo de la humildad, lo que le pedía al Señor con oraciones continuas.

Sobre esta sólida basa fundaba aquella mansedumbre con que en todo se portaba con una inalterable paciencia. De sí mismo padecía una habitual plethora ó redundancia de sangre, que le fue perpetuo duro tormento, de que se originaban las inflamaciones y llagas que de Novicio le pudieron hacer dexar el santo hábito, si no lo hubiera tolerado con constante sufrimiento: despues con las fatigas de Limosnero tuvo su paciencia sobrado exercicio; pues andando la Ciudad al sol y al ayre, se irritaba la sangre, y le causaba crueles herisipelas: ni en el trabajo de Portero tuvo algun alivio, ántes se exacerbaban mas con el bochorno de servir en la siesta á los pobres repartiendo la limosna, cuya ambicion es capaz de causar impaciencia aun á la misma misericordia, pues se le apretaban de modo, que se le echaban encima; y con su calor, y el de los cazos abrigados de las cerdas del áspero cilicio que llevaba en medio cuerpo, le resultaron graves accidentes hepáticos, y síntomas inflamatorios: eran estos acrisimos en una frecuente opthalmia, que le atormentaba los ojos, y mas con el continuo trabajo de escribir, siendo de su cuidado no solo los Libros de cuentas del Colegio, y Cartas de los Prelados,

sino tambien otros traslados de muchas foxas que le encargaban, sin mas consideracion que la de hacer buena letra: y como quando estaba atareado en la pluma, lo llamaba la campana de la Portería, contraía fuertes constipaciones de ojos y cabeza, que le daban que sufrir por mucho tiempo á su paciencia: lo mas admirable de esta era, el que estando muchas veces bastante afligido de los ojos, aunque le ofrecieran ó dictaran eficaces remedios para su alivio, por no buscar por sí mismo lenitivo á su dolencia, ó por parecerle defraudada el mérito á su alma, nada executaba; y así le escribió á una persona de su confianza: «Por lo mal formado de mis letras se conocerá el estado de mi vista, pues habiéndolas escrito, apenas las puedo leer: en lo demas me halló bueno y sin dolores, y por esto lleno de temores con la carne enemiga de la alma, regalando á esta fiera doméstica con el pretexto de los ojos: ya me desahogo con el Confesor, y éste me manda obedezca, con que habemos quedado sin dolores y con regalo.» Bien temia no poder vivir sin mortales heridas largo tiempo, estando estrechado intimamente con su carne, que ya sabia era su mortal y cruel enemigo.

De sus próximos recibía continuos aumentos su paciencia, porque era inalterable la tolerancia con que llevaba sus impertinencias: todo el dia estaba hecho el yunque del repetido golpe de la campana; pero siempre prevenido con una insensibilidad que su humildad le infundia, para que no hiciera mella en su paciencia: por eso parecia tener como naturalizada la mansedumbre, de modo que nada le causaba susto ni enfado, y esto no solo en los accidentes

de importancia, que por su misma gravedad llaman la atención y el cuidado; sino que con la misma serenidad oía y despachaba los incidentes mas ligeros, que por importunos suelen ser mas molestos y causan enojo. Una noche á las ocho tocaron con gran prisa la campana, acudió el Portero con el cuidado de que podia ser que pidieran alguna confesion, y se halló con un muchacho, que pedia en nombre de su Madre, que le enviara unas hormigas harrieras para un remedio, y quando la impaciencia habia de dictar la respuesta, la paz de su interior solo le dixo: «dile á tu Madre que á estas horas ya estan las hermanas hormigas recogidas, que vuelva á enviarte por la mañana, y será ser-vida.»

Con este bello estilo y oficiosas palabras se desocupaba de muchas molestias, y de agudas flechas, que ó salian de adentro, ó venian de afuera, y lo cogian entre las puertas; pero siempre quebraban sus puntas en el escudo de su paciencia. Mas que de diamante la necesitó para resistir á los golpes de la confianza que hizo de él un Prelado, en los quatro años que duró su gobierno. Era hombre de corazon sencillo, pero de espíritu severo, y tanto por la eficacia de su genio, como por el dictamen de que la severidad fuese instrumento para conservar en todo su rigor la observancia del Colegio, zelaba con tenacidad hasta sus mas ligeros Estatutos, y como apreciaba la religiosidad de Fr. Antonio, lo mortificaba con extremo, llamándolo todo el día á la Celda para varios encargos, y con las repeticiones cansadas, que solian ser quatro ó seis veces en cada uno. Era perspicaz el Portero, y á qualquiera insinuacion estaba hecho cargo de lo

que se le decia, y así era indécible el tormento que sufría su paciencia en la molesta eficacia de aquel Prelado: habia dias que por muy leves impertinencias le hacia subir y bajar las escaleras hasta apurarle las fuerzas. Estando el Prelado Superior en la Ciudad, en un dia le hizo andar el largo trecho, que hay hasta el Convento grande, con unas insulsas demandas, mas de veinte veces, con lo que se vió tan oprimido del peso de la obediencia, que valiéndose de la ocasion el Demonio, le fatigó con vehementísimas tentaciones, para infundirle el desconsuelo que hace arrepentirse á los Religiosos de su estado; pero al punto que reconoció su flaqueza, se arrojó á los pies de una Imágen de Maria Santísima, y repitiendo muchas veces Ave Maria Santísima, se recobró su espíritu con nuevas fuerzas, y se convirtieron sus tristezas en alegría; de suerte, que después se reía de sí mismo, reflexionando las leves sombras con que el enemigo espanta los pusilánimes que no conocen sus astucias.

Son en una Comunidad crecida muchos y muy diversos los genios, y así lo son tambien los discursos, y combinados unos y otros, lo son igualmente los dictámenes y opiniones; por eso, aunque el método de vida que observaba Fr. Antonio estaba arreglado y dirigido por conocidos Maestros de espíritu, no faltaba quien temiese que iba errado, fundando su juicio, en que por aquel tiempo se habia puesto el Colegio en un régimen que llegaba al extremo de nimio, y como el Prelado encargaba repetidamente la observancia de lo mas austero, se le atribuía todo al influxo de Fr. Antonio, pero sin mas principio que el de ser Portero, pues por tal, le

era forzosa la entrada en la Celda del Guardian, y esta era una perenne fuente de amarguras que le hacia pasar el caliz de la obediencia, pues por ella le dimanaban otras penosas incumbencias, que le obligaban á tragar muchos repasos y reconvenções que á cada paso realizaban su mérito: bien entendido lo tuvo el V. P. Fr. Antonio Margil, como que dirigia su conciencia, y así, sincera en varias Cartas su religiosa conducta.

En una dice: «De mi Hermano Fr. Antonio de los Angeles, lo que yo experimenté era una virtud sólida en mirar á Dios en todas las cosas, pobre en los pobres, y por eso se regalaba en Jesus pobre, en los pobres de la Portería, y lo mismo en los enfermos. Aquella sentencia: *Justorum animae in manu Dei sunt*, que es decir: las almas de los Justos estan en las manos de Dios, la entendia y practicaba á imitacion de nuestro Señor Jesuchristo, dexándose en manos de Dios, para que Dios por ellas le labrase la corona: de ahí le nacia aquella paz en los repasos que le daban los Hermanos &c.» En otra: «Su mayor Teología y Mística, era el que él era el Jesus: *vivit vero in me Christus*: vive en mí el

«mismo Christo, puesto en manos de su Padre Dios, que lo labraba cada día de su mano, valiéndose de los hombres y Hermanos, ya pobre, ya &c. que le regalaban como con pan de cada dia, con repasos &c.» Con esta apología, dictada de la experiencia propia, llena de verdad y justicia, quedaron disipadas las sombras que pudieron producir aquellas temerarias sospechas.

No solo la tolerancia de sus propias dolencias y de las mortificaciones que le causaban los hombres era la que formaba la corona de su paciencia, sino que tambien concurría á labrarla el Demonio con maliciosas astucias: rabioso de ver tanta humildad y paciencia, lo hacia el blanco de sus iras y soberbia: ya se vió que siendo Novicio atentó arrojarle desde el Coro por no poder contrastar su fortaleza y perseverancia: despues no perdió ocasion para fatigar su persona con quantos daños podia, y siendo estos efectos de la permission divina, verémos en el Capítulo siguiente algunos que no pudo ocultar su modestia, y las desolaciones con que tambien acrisoló su paciencia la Providencia soberana del que á los que mas ama les aflige y castiga.

CAPÍTULO XXI.

Persecuciones del Demonio, y tribulaciones espirituales que padeció

Fr. Antonio de los Angeles.

LA consideracion noble, decia Fr. Antonio, todo lo pue- de: el mismo Señor le dió licencia (al Demonio) para que lo tentara, como lo hizo su soberbia, y el mismo Señor lo venció por nosotros, de suerte que ya peleamos con

«un vencido que no tiene fuerzas, sino soberbia envidiosa, y en haciendo memoria de estos misterios, se queda aturdido.» Por este pasage, y otros que dexó de su letra por mandado de sus Confesores, se trasluce los generosos afectos con que

estaba su alma prevenida para rebatir las diabólicas astucias. Levantaba el corazon, agradecido al Señor que se vistió de la naturaleza humana para curar las dolencias de su flaqueza, dándole en los ejemplos de su persona, las armas, para lidiar contra las asechanzas del Demonio, y no temer su orgullosa soberbia.

Con este maligno espíritu muchas veces atormentaba á Fr. Antonio, dándole desapiadados golpes: otras, estando en la oracion postrado para adorar al Señor y ofrecerle su corazon contrito y humillado, se le dexaba caer encima, con la fuerza y peso de una estatua de plomo: en ocasiones le apretaba contra las paredes, dando con su cuerpo en las piedras, para estrellarlo contra ellas: solia salirle al encuentro, y le estrechaba en un ángulo del Claustro, sin dexarle mover ni proseguir á su destino, pero con invocar á la Madre de la divina gracia, repitiendo la salutacion Angélica de Ave Maria Santísima, le dexaba ir libre, y tambien ufano de haberse burlado de tan fantástico estafermo y débil enemigo. Una noche, como lo tenia de costumbre, antes de Mayines iba meditando los dolorosos pasos de la Via Sacra, y tenia prevenido, para llevar luz al Coro, en la esquina del Claustro, un farol grande de palo, pero un Religioso que andaba por allí, vió que el farol se levantó al ayre por sí solo, y se arrojó sobre la cabeza de Fr. Antonio, con pavoroso estruendo, y viéndole inmóvil en su santo ejercicio, acudió á socorrerle, pensando hallarle muy maltratado; pero vió que ni el farol estaba quebrado, ni Fr. Antonio lastimado, sino que, como si tuviera el casco de mármol, proseguia en su oracion con mucho sosiego, lo que le hizo pensar

que tambien hace el Demonio juegos de manos para distraer de la oracion á los Religiosos: no fue ménos pesada la destreza con que estando en la Enfermería, le habia ordenado el Médico que tomara una bebida por tres repetidas veces, y teniéndola en la Celda, de un golpe se la vertió toda en la cabeza.

Muchas fueron las veces que se le presentaban los Demonios en diversas figuras, pues dexó escrito: «Por la gran bondad de nuestro Señor Dios y de su Purísima Madre, estoy en todo lo que pasa: el enojo y rabia del venenoso Basilisco, transformado en lo que no es: éste parece que es gente y no es, ni es Sapo, ni Alacran, ni Escorpion, sino mucho ménos, mucho peor: nada tiene bueno, es vil y traidor, padre de la mentira, inmundo: su título mas honorífico es el de verdugo de la Justicia divina. Este malvado siente la memoria de las virtudes, aunque no se practiquen.» Era la que mas aborrecia en Fr. Antonio, la Caridad que tenia en el socorro de los pobres, y para impedirle su ejercicio, con envidiosa rabia le tramó en una ocasion una de sus diabluras. Habia el Siervo de Dios escrito una Carta á un Señor Sacerdote, para que interpusiese los respetos de su persona en una obra de caridad precisa, y no teniendo respuesta ni efecto su súplica, se averiguó que se le habia entregado en mano propia, pero que iba escrita de otra letra y de otra firma, por lo que el Señor Sacerdote habia suspendido la diligencia.

En esta confusion, acudió Fr. Antonio al Señor, para que le diera luces de su santísima voluntad para obrar segun ella, y logró su ferviente oracion, la de que le habia contrahe-

cho la letra y falseado la firma el mas iniquo falsario y padre de la mentira; y refiriéndole el caso á una persona de su confianza, le dice: «Vengo á colegir con evidencia, que enojado el Demonio contra el Hermano Lego, por lo ya referido, contrahizo y puso el papel; pero á buen seguro que será la última, porque de aquí adelante usaré, durante mi vida, del honroso título que se contiene en éste, porque debo hacerlo, y no me habia ocurrido hasta ahora: no lo falseará el malvado, soberbio y vil.» Era ese título, el anteponer á su firma la esclavitud con que reconocia á la divina Señora, firmándose: el Esclavo de Maria Santísima, Fr. Antonio de los Angeles, y fue este sello tan formidable al maligno, que nunca de allí adelante pudo falsearlo.

Burlaba Fr. Antonio los enredos del Demonio, sabiendo por experiencia, que el medio mas eficaz para desvanecerlos, con desesperacion rabiosa de su soberbia y envidia, es la noble consideracion y contemplacion de los divinos Misterios; y reteniendo en su corazon los que nos enseña la divina palabra, aunque los Demonios esforzaban su maliciosa astucia para aterrarlo, y que dexara sus espirituales ejercicios, de ellos mismos sacaba los preciosos frutos de su paciencia, y así, decia: «Espero en el Altísimo Señor, y en el favor de nuestra Reyna Maria Santísima, que todo le ha de ser de mayor tormento: yo buscaré modos para darle mas pena en lo que á él tanto le pesa. Mucho sintió la venida á este Santo Templo, y otras cosas que no ha podido tollerar en Fr. Antonio; pero al nombre de la Gran Señora, no ha podido resistir en lo que ha intentado. Este dulcísimo nombre: Ave Maria

Santísima, le ha ahuyentado y aun desesperado, pero como soberbio, no quiere conocer su ruindad y poco poder. Todo lo permite el Señor, y recibo estas cosas como beneficio de su Magestad, pues le dá licencia para que atormente y no lastime:: Todo es nada, como no haya ofensa contra el Señor: es menuda decir que hay ni se padece trabajo. Lo que mucho mucho se ama, temese mucho perder. Hállase mi corazon tan deshacido de todo, que no apetece ni está en otra cosa que en lo que ama.»

Meditaba frecuentemente Fr. Antonio en la Pasion de Christo, y así, tenia su alma bañada en aquella sangre preciosa, que conservaba siempre fresca su memoria, y por eso hallaba en la Cruz consuelo y remedio contra todas las persecuciones del Demonio; pero quiso el Señor acrisolar el deshacimiento que le parecia tener su corazon, con el fuego del amor, pero encendido en las tribulaciones con que afflige y castiga á los que mas ama, de lo que fue su mismo Hijo la mejor prueba. Era la oracion el sagrado asilo en todas sus aflicciones, pues en fe de lo que el grande Abad San Antonio dice: «teme Satanás en gran manera las vigiliias, las oraciones, los ayunos, la pobreza voluntaria, la misericordia y la humildad, pero lo que le atemoriza mucho y horroriza mas que todo, es el ardiente amor en Jesuchristo.» Y como en la meditacion es donde se enardece el fuego de ese amor, eran indecibles las congojas que el Siervo de Dios padecia, quando buscando á su Amado en la oracion, solo se hallaba á sí mismo, porque su alma se confundia en obscuras tinieblas, teniendo el entendimiento entorpecido, derramados los

pensamientos, apagados los afectos, y la voluntad tan ciega, que no acertaba con los actos de ella misma, pues sudaba la razon forcejando con los discursos, sin poder formar un suspiro afectuoso, y así, eran sus desolaciones y sequedades terribles, batallando con sus imaginaciones, y rodeado de desdichas en el mismo sitio donde solia encontrar sus felicidades.

Solo entre tantas tinieblas veia un resplandor que le consolaba, y era el de la esperanza, que instruye á la alma en que con el paciente sufrimiento y constante perseverancia, se merecen del Señor sus divinas influencias, y que siendo estas de su gracia, no estan sujetas á diligencias humanas: ni ellas deben ser el blanco á que se dirija la oracion, en la qual el mérito no está pendiente del consuelo, ni lo espiritual estriba en lo mas sensible del gusto: con este único consuelo respiraba, diciendo: «¡Qué gloria! ¡Qué mérito! ¡Qué felicidad para la alma que no desconoce á este Señor, disfrazado en estas mismas congojas!» Y como los rasgos de su pluma, eran, segun testimonio de sus Confesores, índice del aspecto interior de su alma, consolando á otra, con quien tenia comunicacion íntima, le decia: «Quando su Magestad quiere, de una paja hace el peso de una viga, para humillarnos para nuestro bien, porque es el bien de nuestras almas á quien ama y quiere mas que nosotros mismos: pues mi Dios, ha cedido de lo que quereis lo que fuere de vuestra voluntad, y rebiente el Burro porque siente lo que no es á su modo. Ya veo que hay un modo de padecer que no es sensible, porque le falta á la alma esta sensibilidad de aquel divino objeto que ama y de quien carece; pero quando en

el golfo de penas no hallares consuelacion, si las toleras gozoso, quanto mas, mas fino amor, y acabemos ya de decirlo y no ser hereges con tanta luz, esas penas, esas tribulaciones, ese caimiento, ese no hallar consuelo, ese no acertar á explicarse, ese no hallar remedio y ese padecer, es la mano del Señor, es el mismo Señor. Pues venga mi Señor como quisiere y fuere su voluntad, que á su casa viene, y de la misma manera le he de servir este dia que el que me levante del polvo y me subiere al tercer Cielo, como á San Pablo.»

Con esta conformidad y resignacion vivificaba Fr. Antonio su desmayado espíritu, y en medio de sus desolaciones, ponía en Dios toda su confianza, sin querer mas consuelo que el de hacer su voluntad santísima; pero en la confusion de sus temores y dudas, para evitar qualquier peligro ó ilusion diabólica, observaba, como ley sagrada, no reservar en su interior cosa alguna, sino manifestar con humilde claridad á sus Confesores su conciencia, proponiéndoles sus dudas, para sujetarse rendido á sus consejos y doctrinas. Por solo este camino pudo penetrarse algo de lo mucho que padeció su espíritu, porque se le mandó que escribiera sus interiores sentimientos, y se halla el siguiente pasaje de su letra: «Una tribulacion es antesala para un beneficio: nunca fueran éstos seguros, si no traxeran por lastre anterior la purgativa de la tribulacion. El mayor y mas fructuoso beneficio para nuestras almas es el padecer. Señor, como me quierdes te quiero, si vivo ó muerto, ó en el Cielo ó padeciendo en el fuego. Vamos al paso de Dios sin desconocerle, que pasará el breve Invierno de este destierro, y

llegará el Verano ó Primavera apacible para la alma: vamos haciendo escala de todo, para subir á aquella celestial Patria: tan bueno ha de ser el escalon del padecer, como el del beneficio, y mas seguro es el primero. Vamos con alegría é igualdad de ánimo y paz, sin perder esta aun que se conjure el Infierno: viva Jesús.»

Jesus era el camino, la verdad y la vida que su amante Siervo buscaba, y por eso seguia con ardiente anhelo sus pasos, repasando, y con tiernísimo afecto adorando en cada uno el sudor, la sangre y las fatigas que derramó y sufrió en cada sitio hasta llegar al Calvario, y contemplando en él muerto á su Señor por darle á él la vida, quisiera dar la suya en crueldades tormentos, ó que se la quitara un excesivo dolor de sus culpas, que fueron la causa; y buscando asilo para su alma, la refugiaba en la cruel Llaga de su costado, y allí ataba su voluntad estrechamente á la divina, para abrasar tan gustosamente lo que ella le ordenara, como si fuese disposicion de la suya propia, y por eso decia: «Es cierto que la alma que se arroja en las manos del Señor y Llaga de su costado, queda como veleta que está en la Torre, haya ó

no haya viento, venga recio ó venga como viniere, allí le hace frente, como es la voluntad del que la mueve: ya veo que es insensible, pero tambien veo que en el sentir de nuestras pasiones está la felicidad y el premio. Bienaventurados los muertos, y bienaventurados los que no miran el instrumento, sino la mano de su Hacedor, sin desconocerle en nada.»

Son sin duda felices los que llegan á esa abnegacion propia, pues la mayor ciencia de la criatura, segun la mas eminente mística, es dexarse toda en manos de su Criador, pues sabe para qué la formó y como la ha de gobernar. A ella solo le pertenece vivir atenta á la obediencia y amor de su Señor, y él es fidelísimo en el cuidado de quien así le obliga, y toma por su cuenta todos los negocios y sucesos, para sacar de ellos victorioso y acrecentado á quien de su verdad se fia. Aflije y corrige con adversidades á los Justos, consuela y vivifica con favores, alienta con promesas y atemoriza con amenazas: aúntase para mas solicitar los afectos del amor, manifestase para premiarlos y conservarlos, y con esta variedad hace mas hermosa y agradable la vida de los escogidos.

CAPITULO XXII.

De sus Mortificaciones y Penitencias.

TODOS los estragos que causó el pecado se vieron lastimosamente llorados en la concupiscencia y desenfreno de las humanas pasiones, por eso en el idioma místico, el nombre de Justo ó espiri-

tual significa lo mismo que hombre mortificado, y será mas espiritual y mas Justo si se mortifica mucho, porque llevará siempre ceñido su cuerpo con la mortificacion de Jesus, y como Ministro de Christo, llevará en él la

representacion de su Pasion y Muerte, á manera de los Siervos, que siempre llevan las insignias de sus Señores. Por esta razon se hace muy sospechosa la oracion que no se acompaña con una continua penitencia, pues está expuesta á ser la risa de los que observan no ser compatible con una vida regalada. Estas indubitables máximas hacian á Fr. Antonio que fuera el sello de su corazon el mote de viva Jesus, para que su misteriosa significacion saliera en todos sus sentidos y potencias descifrada, segun la lacónica expresion con que el V. P. Margil dixo: que ya no era él el que vivia, sino que vivia Jesuchristo en él.

Por ellas mismas tenia siempre la lámpara de la oracion encendida en sus manos, que avivaba el oleo de la incesante memoria y presencia de su soberano Dueño, para obrar quanto le parecia ser de su divino agrado, trabajando sin cesar en no impedir su santísima voluntad, en mortificar sus inclinaciones torcidas, en morir á todo lo terreno y sacrificar al Señor todos sus apetitos sensitivos, no obrando cosa alguna que no la ordenara la obediencia: á este fin se dirigian todos los propósitos con que arreglaba sus operaciones, y que el Confesor que lo dirigia afirmó despues de su muerte, que los habia exáctamente cumplido; y conduciendo á la comun edificacion, es oportuno el expresarlos.

Invocando como á Protectora suya á la Reyna de los Angeles, hacia renuncia de todos sus sentidos y potencias, postrado ante el Trono de la Beatísima Trinidad, y le pedia su divina gracia para cumplirla: en virtud de ella renovaba sus tres votos, ofreciendo el de la obediencia á Christo crucificado, el de la castidad á Ma-

ria Santísima y el de la pobreza á N. P. San Francisco, é implorando la proteccion de todos los Santos, proponia no mirar al rostro de ninguna criatura, y solo con alguna noble consideracion el de algun párvulo: no salir del Colegio por su voluntad, sino por precepto, como si fuera del mismo Jesuchristo: no disculparse ni defenderse ni aun de grave calumnia, si no redundare en honra de Dios ó bien del próximo: obedecer á toda criatura en lo posible, mirando á Dios en ella, y solo por su amor: no hacer cosa, por mínima que sea, sin la bendicion de Jesuchristo, tomándosela á su imágen con cautela: no usar de cosa alguna que no haya servido ó desechado otro: no pretender cosa alguna con pretexto de consuelo, y recibir solo el que Dios diere. Estos siete propósitos ofrecia á Jesuchristo en reverencia de sus dolorosas Llagas, y á los Dolores de Maria Santísima y de su Santísimo Esposo Señor San Joseph.

De estas reflexiones sacaba otras para mortificar su cuerpo y humillar su orgullo, proponiendo cumplir con exácto esmero con todos los actos de Comunidad y de Obediencia, sin perder de vista á Dios, no atendiendo al disfraz, sino al disfrazado en todas las criaturas: no dar descanso al jumento mas que quatro horas cada dia, en las que se incluyen las del preciso sueño: no tomar en tiempo de carne mas que el caldo y las berzas, y en ninguno fruta: abstenerse de carne y de pescado todo el año: llevar el cilicio de cerdas tres dias de la semana, y todos los del Adviento y Quaresma: hacer disciplina todos los dias, ménos los Domingos: andar la Via-Sacra todos los dias, y el exercicio de la Madre Antigua todos los Viernes.

Sobre todas estas mortificaciones, fatigaban su paciencia los continuos ardores, pietora y redundancia de sangre, con flucciones á los ojos y erisipelas, y con estas vivísimas espuelas incitaba á sus fuerzas para no descaecer en sus fervores y trabajos, animado solo con ofrecer al Eterno Padre todos sus pasos, unidos con los que dió su dilectísimo Hijo y nuestro Redentor desde el Cenáculo hasta el Calvario, y con las angustias que padeció las tres horas que estuvo vivo en la Cruz: ofrecia tambien su oracion y obras penales que se le proporcionaban cada dia. Desde las tres de la tarde unia tambien todos sus pasos con los que dió Maria Santísima en su busca y seguimiento, y desde el Sepulcro al Cenáculo.

Este mismo tenor de vida renovó despues de diez y ocho años que lo habia practicado con fervoroso espíritu en compañía del V. P. Fr. Antonio Margil, dexando sus nuevos propósitos escritos, y concluyendo el papel con estas voces: «Á este Rey y Reyna acompañamos, cuyos Esclavos somos: el Señor hablará y predicará por su Siervo, y la Señora obrará y hablará por su Esclavo.» «Un cuerpo con Christo, un corazon con Christo.» Expresaba esta mística union en lugar de firmas un corazon, en cuyo centro estaban los nombres de los dos Antonios. En doce años que dirigió á Fr. Antonio de los Angeles como Padre espiritual el P. Lect. Fr. Angel Garcia Duque, tuvo el mas práctico conocimiento de su relevante espíritu, y publicó, que en veinte años habia observado exáctísimamente los sobredichos propósitos, predicando el Sermon de sus Honras. En él tambien dixo: que sus disciplinas eran crueles y quotidianas: su há-

bito el mas pobre y remendado: que nunca usó de la túnica interior que permite la Regla: que los paños de la honestidad fueron siempre de Sayallete burdo: que su cama era una estrecha banquilla, en que se acostaba sin abrigo alguno, y sin quitarse de su cuerpo ni aun las sandalias; y si en estas quatro horas de descanso entraban las del sueño, ¿quantas serian estas cayendo en tan incómodo lecho, adolorido y fatigado? Ello es que en veinte años continuos, veló todas las noches para despertar á la Comunidad á Maytines y hacer sus santos ejercicios, hasta la una que salia á dar algun descanso á sus fatigadas fuerzas.

Fundaba tan rigoroso desvelo, en la máxima de que la noche es mas á propósito para caminar, porque el caminante, decia, vá mas seguro de los Ladrones, y conforme á ella, quando todas las cosas estaban en profundo silencio, tomaba una pesada Cruz, y con ella áuestas, andaba de rodillas por la Iglesia en la meditacion de los pasos de la Via-Sacra: en el dia visitaba los Altares todas las veces que podia: cumplia con grande atencion y devocion el rezo que la Regla prescribe á los Legos, al tiempo que la Comunidad pagaba el Oficio divino en el Coro, y cien Pater noster y Ave Maria por los difuntos. Todos los dias rezaba de rodillas á Maria Santísima, por modo de tributo, su Oficio parvo, y como guirnalda de Flores, la Corona de siete Misterios. No omitia ninguna de tantas penales mortificaciones y santos ejercicios, sino en el caso que ó el Señor le enviara alguna enfermedad prolixa, ó que se los suspendiera la obediencia, por cuyo inflexible resson, la palidez que su debilidad causaba en el sem-

blante, y la acrimonia de la sangre que resultaba en las mexillas, hacian admirar con su presencia unos copos de nieve entre dos rosas marchitas, una religiosa compostura entre los desaliños de la pobreza, y una gravedad modesta entre los obsequios de oficiosa.

Muy dulces y ópimos eran los frutos que Fr. Antonio cogia de raires tan amargas, por que supo darles cultivo con la discreta distribucion del tiempo arreglada con la obediencia, y sin perder instante alguno, haciéndose cargo de que como sucede en los contratos del Mundo, sucede tambien en los comercios del Cielo, que no come el que no trabaja, por eso llevaba siempre el tiempo ordenado con exactitud, valor y diligencia. A las cinco de la mañana, despues de rendir al Señor sus afectos, y de renovar en su divino acatamiento, sus fervorosos propósitos, se iba á la Iglesia y adoraba con rendida Fe al Augustísimo Sacramento, y considerándose Portero de la casa de su Señor y de la Gran Reyna, se llenaba su corazon de indecible regocijo, é iba á abrir las puertas, estimando esta honra mas que si en la mayor Corte del Mundo fuese Caballero de la llave dorada. Si la noche antes no se habia reconciliado, lo hacia á esta hora, y siempre con el fervor y devocion que si estuviera en la última de su vida.

Asistia á una Misa, en que deramaba su corazon ante el divino propiciatorio, con tiernos afectos de dolor de sus culpas, y le pedia al Señor purificase y preparase su alma con su divina gracia, para recibir dignamente el Sacramento de la Eucaristia: para esto oia segunda Misa, con profunda consideracion de su baxeza, y ofreciendo al Padre Eterno los infinitos

Méritos, Pasion y Muerte de su Hijo, le pedia adornara con ellos su miserable alma para recibirle Sacramento: interponia tambien los de Maria Santísima y de todos los Santos, y con la mayor reverencia comulgaba: proseguia con otra tercera Misa para dar en ella al Señor las gracias por tan incomprehensible beneficio, y pidiendo á los Serafines y demas Santos Angeles sus fervientes afectos para saber agradecerlo: continuaba su oracion visitando los Altares, y rogando á Dios por las necesidades de la Santa Iglesia, y las que encargaba la obediencia, como tambien por el bien espiritual de todos sus próximos, especialmente los que estaban en tribulaciones y peligros.

A las ocho iba á la cocina á disponerles á sus pobres su olla, y pasaba á repartir la limosna de lo que habia sobrado de la cena, la que siempre iba acompañada de las oraciones que hacia para socorrer sus almas: lo restante del tiempo lo empleaba en escribir lo que le mandaban, ó en leccion espiritual y otras devociones, hasta que iba la Comunidad al Refectorio: en él decia sus culpas con los Novicios, y besaba á todos los pies, con tan tiernos afectos, que se salian por los ojos al impulso de sus interiores sentimientos: servia á la mesa, y recogia para sus pobres lo que sobraba, lo que tambien era para sí mismo, pues dexando su racion entera para ellos, de las sobras tomaba un mendrugo para enganar con un poco de pan, el caldo y las yerbas, el apetito, y disimular su continuo ayuno: éste lo observó con tal rigor, que faltando una ocasion el arroz para la Comunidad, se lo avisó al Prelado, y éste, ó por austero, ó por otro motivo, respondió que sin él podian pasar

los Religiosos: parecióle á Fr. Antonio que no sería razon, el que por no ser del gusto del Prelado, se les privara de él á los Súbditos: y aunque no profirió palabras; pero reflexó que el tal pensamiento podia ser sugerido de su amor propio, por apeteer él el tal alimento, y castigó su violento impulso con pena perpetua, pues no volvió á comer arroz en todo el tiempo que le duró la vida.

A las doce tenia ya prevenida la comida de los pobres, y gastando en tan penosa tarea la siesta, con el trabajo que ya se ha insinuado, se recogia un cuarto de hora en la Celda, para ir al toque de Vísperas á la Iglesia, y encendiendo en el Altar mayor dos luces, avivaba las dos alas de su corazon con ardientes afectos de fe y de amor, con que adoraba aquel divino Sacramento y fuego del verdadero Santuario, que la inmensa caridad de Dios conservará en su Iglesia hasta la consumacion de los siglos. En su soberana presencia rezaba las Vísperas de su Oficio, y las del Parvo de nuestra Señora, visitaba los Altares, y en mentales ilapsos y tiernos coloquios con Jesuchristo Sacramentado, se estaba hasta las tres, en que renovando la memoria del sangriento sacrificio del Calvario, y que en ellas habia hecho el de dar la vida por salvar su Pueblo, se le traspasaba la alma con tan doloroso recuerdo, y con él en su corazon, iba á la Portería á dar cumplimiento á lo que se ofrecia, á lo que se habia mandado escribir, á ajustar las cuentas del Síndico, avisar al Prelado, y á los Padres de las confesiones que pedian, y otras ocupaciones que lo traian en un continuo movimiento toda la tarde; pero los ratos que podia lograr los empleaba en la Capilla de nuestra Señora de Belen,

en cuya presencia se deshacia su alma con tiernísimos afectos, y saludaba á su Señora con el rendimiento de humilde Esclavo: despues les daba algun socorro de pan á los pobres, y cerrando las puertas se iba á la Iglesia, en donde se estaba en oracion hasta que concluía la de Comunidad, y baxaba ésta á cenar: tomaba un ligero alimento, y los tres dias de disciplina asistia á ella, doblándola con la que todos los dias acostumbraba.

A las ocho entregaba las llaves de la clausura al Prelado, y vuelto á la Iglesia comenzaba sus espirituales ejercicios, visitaba diez Altares contemplando en ellos los Misterios de la Vida y Pasion de Jesuchristo, y andaba como se ha dicho la Via-Sacra, los Jueves hacia las Estaciones de la Madre Antigua, que concluía el Viernes despues de Maytines, siendo este dia muy escaso el sueño, y mas gravoso el trabajo. Siempre solicitaba para el ejercicio de la Via-Sacra á algun Compañero, para lograr él de decir despues de ella sus culpas, postrado á sus pies, los que le besaba despues de haber oído con humilde atencion la reprehension que le daba, y penitencia que le imponia. Quando el V. P. Margil fue Prelado, en los quatro años fueron en estos ejercicios inseparables Compañeros: por eso será muy oportuno trasladar algo de lo que tan Venerable testigo dice en una Carta que se le pidió para el efecto de escribir su vida.

Pp

«quien estaba tan alumbrado, lo que
«Dios le mandaba, y luego en peni-
«tencia me tendia yo en el suelo boca
«arriba, y me pisaba la boca, dicen-
«do tres Credos: luego me sentaba yo
«y él hacia lo mismo, y lo restante
«hasta Maytimes teniamos oracion.

Increible le parecerá á alguno mortificacion tan extremosa de ayunos, pernoctaciones, disciplinas y ejercicios espirituales, en un hombre achacoso, y en un continuo trabajo; pues la obediencia y la caridad parece que obraban á competencia, para labrarle una frondosa corona á su humildad y paciencia; pero sin visos de paradoxa, se puede asegurar que fue ligera toda esa mortificacion, si se coteja con la que tuvo con sus sentidos y pasiones: pudiera compararse con el reloj, que si demuestra por afuera bien arregladas las horas, es á costa de una interminable fatiga en el interior movimiento de sus ruedas. Atormentaba Fr. Antonio sus sentidos negándoles aun los mas inocentes objetos, porque

no les fueran deliciosos: sufocaba el corriente de sus inclinaciones, porque la ira, la soberbia, la ambicion, vanidad y demas pasiones no rompieran su pecho, para que de ellas no se siguieran ruidos descompuestos: tiraba tan fuerte las riendas de su amor propio, que siempre domaba los bríos de su cuerpo, y lo hacia rendirse á todos, como un infeliz esclavo: Sujetaba los orgüilos de sus pasiones, que ni en tantos años de Religioso se vio la ira salirle al rostro, ni la soberbia dió motivo de sentimiento á algun próximo, ni la ambicion lisongeó sus alivios con los Prelados, ni su zelo causó amarguras en el Colegio, ni sus persecuciones le sacaron un suspiro de desconsuelo; siempre tuvo abatidos sus sentidos y sus afectos á la voluntad de todos, sin aceptar por lisonja, pasion ó interés á persona alguna, porque desde el Superior hasta el mas infimo mendigo, eran para su vista y veneracion imágenes vivas de Jesu-christo.

CAPÍTULO XXIII.

De su Obediencia, Castidad y Pobreza.

DESDE que Fr. Antonio se sacrificó al Señor por la profesion religiosa, hizo el concepto de que solo por la obediencia podia caminar seguro hasta la cumbre de la perfeccion que deseaba, por lo que dexó escrito: «Es el todo de la
«virtud la negacion de la propia vo-
«luntad, y así digo, que con la gracia
«del Señor no quiero dar paso con la
«propiedad de la propia voluntad,
«aunque sea para resucitar muertos.» Fue esto dar desde luego en el punto de vista, que discierne con verdad la

disposicion confusa con que se representa la vida activa religiosa, pues se ven sus cosas como inversas, desiguales y desarregladas en la variedad de los officios, ocupaciones y ministerios en que se exercitan los Religiosos Legos; pero por ella misma es comparable con las pinturas que con lineamentos informes y confusa mezcla de colores hace diestra la perspectiva, y quando parecen toscos borrones, ó ensayos de aprendizes, sabiendo el secreto, se admiran como destrezas de insignes Maestros, por-

personas, y exponerle á inevitables ocasiones que el Demonio suele viciar para introducir impuras sugerencias; pero la obediencia le dirigia al punto que descubre el verdadero de las virtudes: y viendo la delicadeza de la mas pura, se esmeraba en la vigilancia de ella, y mortificaba sus sentidos, para refrenar sus apetitos, y la licencia de sus ojos, para no mirar cuidadosamente al rostro de las criaturas, y esto con tal exactitud, que no exceptuaba los semblantes de los hombres, y con tal cautela, que ninguno llegara á tocar á su persona: por eso quando algunos, aunque fueran Señores de carácter, ó de respeto, le saludaban, excusaba el comun estilo de dar la mano, disimulando el motivo con tenerlas recogidas en las mangas, con cuyo serio aspecto se contenian los ánimos, quedando con su urbana y obsequiosa atencion muy satisfechos.

No habia sido su juventud libertina, ni licenciosa su conducta; pues aunque la habia pasado entre la blandura, la cortesania y la lisonja, nunca el fuego de los peligros prendió en su corazon el de los galanteos, ni la filalucia y amor que tenia de su propia hermosura, pasó de una vana complacencia, sin los resabios de provocativa: y siempre vivia muy ageno de franquearle su corazon á Venus, y de que ella pudiera embriagarle con sus delicias: quando ya tenia en sus manos las riendas de la fortuna, y estaba su edad en la estacion mas peligrosa, observaba las leyes del honor con supersticioso decoro; y esto le facilitó el desechar con desden pocas veces visto, ventajosos partidos en matrimonios muy honrados: Era él solo el Señor de su casa, y la hizo gabinete de la honestidad y decencia;

lo que se hizo ver quando prostrado en la cama al rigor de los dolores de la gota, no quiso admitir el favor que un Compadre suyo le hacia, ofreciéndole y aun suplicándole que permitiera el que su Esposa, Señora muy virtuosa, le administrara por su mano, ni por la de otra muger, las necesarias unturas. Por estas reflexiones pudiera sindicarse como nimio zelo, ó cobarde escrúpulo, el que para guardar la preciosa joya de la castidad, y defenderla de los traidores insultos de su carne, anduviera siempre armado de cilicios, prevenido de duros ayunos, crueles disciplinas, perpetuas vigiliias, fervorosas oraciones y espirituales ejercicios, pues ya se hallaba retirado del siglo en una Religion austera, y en edad madura; pero no ignoraba que suele ser engañosa la seguridad en este punto, ni que en su custodia es el mas discreto el que es mas desconfiado: y por eso le pedia con muchas lágrimas al Cielo la pureza de la castidad, que habia profesado, é imploraba el auxilio de la Inmaculada Virgen y Madre Maria Santísima, á quien se la tenia ofrecida, para que con su intercesion y amparo, le defendiera de los continuos asaltos que padecia de sus enemigos.

Así los toleraba, segun la alta Providencia se lo tenia prevenido, dándole luz para que entendiera que su misma carne le habia de hacer obstinada y cruel guerra, atormentando su alma todo el tiempo de su vida; y fue así, segun su Confesor lo publicó en el Sermon de sus honras, asegurando que desde el dia que entró en la Religion, hasta la enfermedad de que murió, y fueron veinte y un años, no se le pasó dia ni noche en que no padeciera terribles y espantosas tentaciones de la carne: en la oracion, en